

# Poesía de la sencillez

Por Marino Muñoz Lagos



En este agosto de soles y de fríos nació y murió el poeta Max Jara. El lugar de su natalicio fue Yervas Buenas, el 21 de agosto de 1886 y la muerte lo sorprendió en Santiago, el 23 de agosto de 1965. Fue un provinciano más en la lista de agraciados con el Premio Nacional de Literatura, que recibió en 1956, luego de publicar cuatro títulos de poesía. Aunque su obra no es del todo numerosa, entre sus trabajos hay fulgores que reemplazan a una innecesaria, y a veces, dañina prodigalidad.

El hecho de nacer en Yervas Buenas lo acerca a los poetas de la región del Maule que tantos buenos valores ha dado a la vida literaria chilena. Poesía breve, la suya, plena de palpitaciones íntimas, en cuyas estrofas canta un hombre de sensibilidad lograda y palabras en sordina. Un suave romanticismo colma sus líneas en que la tierra de sus alrededores se alza con sus cantos que el viento de la tarde hace vagar por la llanura.

"Yervas Buenas de Linares, casas grises entre vegas; esteros van por rastrojos, alamedas, alamedas..."

Sus libros son fáciles de ubicar: en 1909, editó su primer tomo de poesías que tituló "Juventud"; en 1914 publicó "¿Poesías?"; en 1922 entregó a la tinta de imprenta "Asonantes" y en 1942 cerró su ciclo con "Poemas selectos". Tiene otras compilaciones que reúnen a diversos trabajos incluidos en sus volúmenes ya citados.

"Poeta simple, enigmático -nos dice Carlos René Correa-, que en apariencia no alza el vuelo; tenía la sabiduría de un contemplativo y la verdadera gracia del creador sin demasiadas complicaciones. A Max Jara le fue suficiente rodearse de vida y panoramas, de cosas y utensilios, para ser poeta de fina percepción. No se le puede encasillar en determinado movimiento o escuela, ya que permaneció siempre solitario, cauto y cáustico a la vez".

Los pequeños aconteceres lugareños tienen regazo en las estrofas de Max Jara con anticipada sencillez: ahí están los seres y sus sueños, el amor y sus dilemas, la vida y sus latidos. Toda la claridad del universo se hace eco en sus expresiones y se vuelven corriente pura de viejos ríos. Como en estos versos que nos hablan de su sello interior:

"No me canso de admirar la fuga del agua viva. Con ella va mi fortuna por la noche sin orillas".

Max Jara vivió lejos de los cenáculos literarios y no perteneció a grupos o sociedades donde los escritores se reúnen para comentar un libro o festejar a alguno de sus congéneres. Esta independencia aumentó el desconocimiento que la gente tenía sobre su existencia y sus obras. Por un tiempo se dedicó al periodismo y más tarde ingresó a la Universidad de Chile, donde cumplió labores funcionarias. También hizo clases de redacción.

Dentro de todos sus poemas hay uno que sobresale por su música y sentimiento. Se trata de "Ojitos de pena", que no falta en ninguna buena antología de poesía nacional. Allí dejó el poeta gran parte de su humilde cosecha lírica, en versos que llegan al corazón por su diafanidad y ternura. El sólo hecho de leerlo, nos lleva a su autor, que se identifica con su tranquilos renglones:

"Ojitos de pena, carita de luna, lloraba la niña sin causa ninguna".

Cuando volvemos las páginas de los libros, asoman en su tipografía los nombres de muchos poetas que le han dado gloria a la patria literaria. Entre ellos, está Max Jara, quien, un día cualquiera partió de Yervas Buenas para conquistar el cielo de la poesía en la capital de Chile con su sencillo bagaje de trovador.